

servicios al príncipe para quien no podían ser indiferentes los de hombres de alguna significación. Pero aquella afluencia de cortesanos daba origen á rivalidades y á ingerencias en los asuntos militares de parte de los refugiados que no empuñaban las armas. A aquella masa de pretendientes y de aventureros se les dió el nombre de *hojalateros*, los que por sus intrigas y chismes sembraron la división entre los que sostenían el peso de la guerra prodigando su sangre por una causa predestinada á sucumbir.

Interin don Carlos, sus generales y sus cortesanos animados en presencia de las ventajas últimamente obtenidas por sus armas, meditaban planes de guerra entre los que predominaba la idea de intentar un esfuerzo supremo en forma de expedición á Castilla y á cuyo frente marchase el Pretendiente en persona, el gobierno de la Reina se preocupaba de la necesidad de reparar el contratiempo de Oriamendi y Espartero de lo mucho que le importaba salir de la especie de bloqueo á que le condenaba su inactiva permanencia en Bilbao.

Autorizado el general en jefe por el gobierno para disponer las venideras operaciones segun juzgase mas conveniente, pero teniendo siempre en mira el resguardar las provincias libres de las incursiones del enemigo, dispuso Espartero dejar reforzada la guarnición de Bilbao aumentando su dotacion con cinco batallones mas, sobre los ocho de que ya constaba, despues de lo cual trasladóse por mar á San Sebastian con el resto de sus fuerzas, compuestas de tres divisiones con 29 batallones, tres escuadrones y la correspondiente artillería. Empleáronse en el embarque, navegacion y arribo del cuerpo de ejército á San Sebastian, los últimos dias del mes de abril y la primera quincena del de mayo.

La aglomeracion de considerable número de tropas en el recinto de la capital guipuzcoana y en el exiguo territorio que fuera de sus muros ocupaban los liberales, debía naturalmente despertar la atencion del infante generalísimo de don Carlos, el que se apresuró á reforzar sus líneas de Hernani, conociendo cuánto le importaba usar de gran vigilancia y confiar en la decision y firmeza de sus batallones, mermados por el gran número de heridos que contaba su ejército, bajas que acrecentaba el tífus que comenzaba á reinar en su campo.

Mas no por ello desmayaban los carlistas, admirablemente secundados por el paisanaje, que con indecible ardor se prestaba á favorecer á los suyos y á defender sus propios hogares. El 3 de mayo atacaron aquellos la posición que fortificaban los liberales en las alturas de Aguirre. Llegada que fué la noche colocaron piezas de artillería al pié de los parapetos que se proponían asaltar y sobre ellos se precipitaron á la mañana siguiente cuatro compañías de preferencia apoyadas por otros tantos batallones. Vigoso fue el ataque, pero superó la energía de la defensa, y cien cadáveres de los agresores tendidos en el campo probaron que el ánimo de los soldados que conducía Espartero se había inflamado al ardor que respiraba la proclama dirigida por el último á sus tropas, anunciándoles que iba á emprender una campaña de empeño, proponiéndose nada menos que atravesar el territorio á espaldas de las líneas del enemigo.

Era, en efecto, el principal objeto del caudillo liberal, realizar el pensamiento de Mina y de todos los generales sus predecesores, pensamiento que consistía en cortar á los carlistas sus comunicaciones con Francia, designio que, penetrado por el infante, lo decidió á distraer á Espartero trasladándose á Navarra para mejor acelerar los preparativos de la gran expedición que debía pasar el Ebro para correrse á Cataluña por Aragón.

Antes de dar la señal de la tremenda lid de que iba á ser nuevamente teatro aquella tierra de Guipúzcoa todavía empapada de la abundante sangre de que la inundaron los terribles combates de marzo último, efectuó Espartero dos reconocimientos parciales en los dias 12 y 13, y al siguiente formalizó su meditado avance sobre la línea de Hernani.

No permitía lo reducido de las fuerzas dejadas por don Sebastian para guarnecer sus líneas de asedio, disputar el paso á las superiores que acudillaba Espartero, por lo que tenían orden los cinco batallones carlistas que guarnecían la línea, de retirarse detrás de los rios Bidasoa y Luzaran, orden que

ejecutaron levantando con precipitación su campo y construyendo, ayudados por el paisanaje, parapetos destinados á mejorar la defensa de Andoain.

Muy de madrugada se significó el movimiento de Espartero dirigido contra la primera y segunda línea enemiga que abandonaron sus defensores despues de un simulacro de resistencia. Posesionado Espartero de las alturas de Oriamendi, la defensa del pueblo de Hernani no podía prolongarse, y adelantándose batallones de españoles y de ingleses, se hicieron dueños del pueblo y sus fortificaciones. El enemigo replegóse á Urnieta y allí fué á buscarlos el ardor de nuestros soldados, los que se hicieron dueños igualmente de este pueblo, persiguiendo á los carlistas hasta dar vista á Andoain. Una noche tormentosa y de lluvia torrencial, pasada por el ejército en el vivac, no disminuyó el resuelto y alegre porte de nuestros incomparables soldados.

El 15 descansaron las tropas en Hernani, reposo que habria sido mas militar aplazar para despues de haber sacado todo el fruto que era permitido esperar de las ventajas obtenidas; pero dióse tiempo á los carlistas para retirarse cómodamente.

No intentaron tampoco estos defender á Oyarzun, que abandonaron en la mañana del 16 al acercarse los batallones de Evans, y contra lo que era de recelar del exagerado carlismo de la poblacion civil guipuzcoana, el vecindario de Oyarzun no había emigrado y las puertas de las casas no se cerraron para los liberales, con cuyo motivo se recomendó á los soldados observasen afabilidad y buen trato con los habitantes.

Guarnecida completamente la poblacion, adelantáronse las tropas en dirección de Irun y del fuerte del Parque, que hallaron defendidos por cuatrocientos cincuenta hombres al mando del coronel don Antonio Segura, quien aunque persuadido de que no podría prolongar su resistencia, tuvo empeño en cumplir con su honra de soldado, y durante cuarenta y ocho horas se defendió valientemente, no habiendo consentido en capitular sino despues de haber resistido varios asaltos.

Al siguiente dia 18 la plaza de Fuenterrabía se hallaba en poder de los soldados de Espartero y de Evans, merced á una honrosa capitulacion que respetó en los vencidos los derechos que les daba el de la guerra. Fué la de Fuenterrabía captura de importancia por haber hallado en ella los vencedores diez y siete piezas de artillería y posesionándose de la principal fundicion del enemigo, de sus repuestos militares, de gran cantidad de subsistencias y de no pequeño número de prisioneros, entre ellos sesenta y siete oficiales.

Los voluntarios carlistas, cuyo valor se hallaba suficientemente acreditado para no necesitar exhibirlo sin necesidad, quisieron no obstante señalar su forzada retirada por un golpe de audacia y atacaron en Urnieta á la primera division del ejército mandada por el conde de Mirasol; mas solo consiguieron hacer alarde de su valentía, siendo rechazados y ocasionando la pérdida de doscientos hombres por una y otra parte.

La experiencia que Espartero tenía adquirida de lo que son las guerras civiles, á las que comenzó á asistir en el Perú y en la que ahora adquiría en los cinco años que llevaba de guerrear en la Península, le hizo comprender ser oportuno el momento en que acababa de obtener señalados triunfos para dirigir á los vascongados palabras de paz y de concordia. Hízolo por medio de dos proclamas dirigidas una al ejército y otra á los habitantes. La parcialidad y la ligereza de que tan avezado se halla á dar muestras el espíritu de partido, criticó aquel acto patriótico y digno del general de la Reina, llamamiento hecho á que no se derramase mas sangre, que hace honor á la memoria del general, por entonces y largo tiempo despues objeto de una popularidad que con cortos intervalos lo ha acompañado hasta el sepulcro.

A manera de desquite ó revancha propúsose el general Uranga que mandaba las armas carlistas en Navarra responder con una accion de efecto á los recientes triunfos de sus contrarios. Escogió por punto de mira á Lerin, pueblo situado en la Ribera y muy importante como llave de los pasos del Ebro, y habiendo conseguido preparar con sigilo y buen espionaje la sorpresa que se proponía, logrólo de una manera

tan completa que en su propio alojamiento hizo prisionero al gobernador de Lerin, antes que este tuviese noticia alguna de haber penetrado los carlistas en la poblacion. La guarnicion que ocupaba edificios fortificados intentó una resistencia débil á que puso término la capitulacion. Contra la opinion de los suyos, Uranga hizo demoler las fortificaciones de Lerin, y en ello rindió á su causa un servicio que la experiencia no tardó en demostrar.

La marcha del ejército de la Reina, para el que se hizo posible atravesar los dominios de don Carlos, merced á haberse alejado el grueso de los batallones que lo habían ocupado, no pudo ser sin embargo tan rápida como la deseaba Espartero, en razon á la necesidad en que se halló de proveer á la defensa de Hernani, de Irun y de Fuenterrabía, cuyas obras, que quiso dejar en estado de defensa, entorpecía la crudeza del tiempo. Impaciente empero de oponerse al paso de la anunciada expedición de don Carlos y resuelto á perseguirlo de cerca si la hubiese efectuado, el 29 continuó el ejército su movimiento en dirección á Andoain. Era preciso pasar el rio Oria sobre el cual no existía otro puente asquible que el que tenía nombre del pueblo donde se dirigía el ejército (Andoain), puente que ocupaba el enemigo, dueño de las dos orillas del rio, guardado en su curso por destacamentos é interceptado por medio de cortaduras.

La toma de aquel puente era imperativa para Espartero y á fin de asegurar el éxito de tan importante operacion fué destinado el general Gurrea al frente de su division. Desgraciadamente aquel bizarro jefe cayó para no levantarse mas atravesado por una bala, pérdida que lloró el país, la familia liberal y el general en jefe que entrañablemente amaba á Gurrea; pérdida la de aquel popular soldado y consecuente liberal á la que hubiera habido que añadir numerosísimas y sensibles bajas á no haberse descubierto un vado que permitió el paso del ejército y de la artillería.

Otro difícil y empeñado lance de armas tuvo que forzar el ejército para franquear el puente de Hurto, pero oportunas disposiciones tomadas para aminorar los obstáculos opuestos por el enemigo facilitaron la llegada de Espartero á Lumbier el dia 1.º de junio.

Hasta las inmediaciones de Pamplona donde debía concentrarse el cuerpo de ejército que en persona conducía el general en jefe, continuaron los carlistas molestando su marcha, aprovechando las escabrosidades del terreno y su perfecto conocimiento de todos sus accidentes. A la salida de Lumbier la division de la Guardia real que iba cubriendo la retirada contuvo con éxito las frecuentes acometidas del enemigo. El siguiente dia 20 tuvo igualmente que sostener un fuego de siete horas y que pagar con sangre de acreditados jefes y de beneméritos oficiales la repulsa que hizo sufrir al enemigo.

Con la entrada en Pamplona, el dia 3 de junio, de los veintinueve batallones que atravesaron el corazon del territorio vascongado, daba Espartero cumplido el propósito de la atrevida marcha en la que supo desplegar una osadía y una firmeza que pusieron muy de relieve sus dotes como general.

El estado que tenía la guerra al finalizar el año de 1836, el desasosiego general debido á la incertidumbre que pesaba sobre los destinos del país, el descrédito en que había caído el gabinete Calatrava, blanco á la vez que de la desconfianza de los conservadores, de la hostilidad de los progresistas mas avanzados, eran circunstancias que, operando sobre los ánimos en Cataluña cuando sobrevino el fallecimiento de Mina, contribuyeron grandemente á que prosperasen las facciones y cobrasen aliento y audacia los partidarios del desorden que tanto abundaban en Barcelona.

El general don Francisco Serrano, en quien había recaído accidentalmente la capitania general y el mando de las tropas, las organizó para que mejor operasen en cuatro divisiones, que confió á los generales Ayerbe, Gurrea, Osorio y al brigadier Puig, fuerzas que componían veinticuatro batallones, dos regimientos de caballería y cuatro medias baterías. A cada una de estas divisiones fué señalado determinado territorio, sistema que en la práctica no correspondió á los resultados que se esperaban de aquella organizacion, toda vez que no permitiendo el fraccionamiento de mandos

unidad de plan, moviéronse con mayor libertad las facciones-Tristany, el Royo, Zorrilla, Muchacho y Caballería recorrian los unos los llanos, los otros las montañas, vejando á los pueblos en términos tan duros, que un jefe carlista, don Matías de Valls, se lamentaba del bandolerismo de que era víctima el paisanaje, y proponía la adopción de temperamentos que disminuyesen la odiosidad de la contienda; ejemplo de humanidad y de sensatez que bien merece ser encomiado y que no sin sorpresa se vió partiese de las filas de don Carlos.

El espíritu de revuelta, la atmósfera anárquica que debilitaba la accion del partido liberal, había encontrado eco en las elecciones de ayuntamientos, y compúsose el de Barcelona de un personal que sin disimulo llegó á hacer pública su adhesión á cosa tan nueva y tan prematura como todavía lo era entonces para España la república. Se excitaba al pueblo á no continuar prestando obediencia al gobierno de Madrid y á empezar á obrar revolucionariamente.

A tales excitaciones debía responder un levantamiento dispuesto para el dia 12 de enero, pero que supo contener la decision del general Parreño, que mandaba la plaza, contribuyendo á ello el excelente espíritu que animaba á parte de la milicia nacional, y mas particularmente al escuadron de lanceros, compuesto de individuos pertenecientes al comercio.

No podían mejorar en el entre tanto las vicisitudes de la guerra en el territorio catalan. Los pueblos de corto vecindario obedecían ciegamente las órdenes de Tristany y no daban oídos á las de Gurrea, quien ofrecía proteccion al vecindario á fin de que no abandonase sus hogares á la llegada de las columnas de la Reina. Mas exasperado dicho jefe de la inutilidad de sus recomendaciones, entregó á las llamas el caserío de Matamargó, Valmaña, Castell-tallat, Fonollosa, Ardebol, Prades y Eguilá; actos de rigor á los que respondieron las facciones descargando duros golpes contra la indefensa propiedad de los pueblos liberales.

El 28 de febrero experimentaron las tropas de la Reina un fuerte descalabro en los montes de Panadella. Custodiaba el coronel don Francisco Oliver al frente de una columna de tiradores de Málaga, de francos y de nacionales un convoy de municiones y de prisioneros, á cuyo encuentro salió Tristany. No correspondieron los soldados de Oliver al bizarro ánimo de este jefe, el que, apeándose y desvainando su espada, ordenó y condujo denodado una carga á la bayoneta, en la que encontró honrosa muerte. Desalentada la tropa al contemplar cadáver á su caudillo, rindióse débilmente estipulando cuartel para los vencidos, pero el feroz canónigo (pues sabido es que Tristany era sacerdote), violando su palabra, hizo fusilar á la siguiente mañana los trescientos prisioneros que acababa de hacer. Uno solo de aquellos infelices que pudo ocultarse llegó desnudo y hambriento á Calaf, donde refirió que sus compañeros arcabuceados por grupos de á quince, muchos de ellos aun no rematados por sus verdugos, fueron por estos arrojados á hogueras expresamente encendidas para completar el atroz suplicio.

La religion que tales ministros cuenta y no los anatematiza y condena, compromete la santidad de su doctrina y presta armas á los incrédulos.

Gurrea, detenido en Cervera, pero sin fuerzas de que disponer, tuvo que ser testigo, en cierto modo, de un desastre que no pudo vengar.

Menos feliz fué Tristany en su tentativa para apoderarse de un convoy que de Manresa á Berga escoltaba don Antonio Azpiroz, pues aunque reforzado el cabecilla Castells por su compañero Caballería y cuando parecían tener los carlistas asegurado el triunfo, la firmeza de los jefes liberales y la oportuna aparicion de Abir ahuyentaron los carlistas salvándose el convoy.

La poblacion de Calaf, de espíritu liberal muy levantado, era objeto del ansia de Tristany por apoderarse de ella y lo hubiera conseguido á no haber acudido diligente en su auxilio el entonces comandante de caballería don Francisco Serrano y Dominguez, quien daba vista á Calaf en los momentos en que el caserío comenzaba á arder. Pero una brillante carga de caballería libertó á la poblacion; Serrano se puso al frente de sus escuadrones y con acreditada bizarría,

dejó tendidos á los piés de su caballo cuatro carlistas que lo rodeaban, y arrolló seguidamente á los restos del enemigo persiguiéndolo hasta que buscó este refugio en las espesuras de la sierra de Pinós; siendo aquel un hecho de armas que notablemente acrecentó la nombradía de buen soldado de que ya gozaba el joven comandante, destinado á ocupar tan distinguido lugar en nuestra historia contemporánea.

Por inteligencias de Tristany con un miliciano nacional de Solsona desertor de las filas carlistas, logró aquel la entrada de un destacamento de los suyos en el palacio episcopal, convertido por los liberales en fortaleza. Dueños de ella los carlistas, facilitaron el acceso de refuerzos que penetraron por las calles, pero la guarnición y los nacionales, aunque sorprendidos, no desmayaron, y atrincherándose en un convento de monjas al que llevaron víveres y artillería, sostuvieron un vivo fuego contra los invasores.

Pocos días antes de aquel suceso habíase hecho cargo del mando superior de Cataluña el baron de Meer, reputado jefe cuya pericia y firmeza tanto debían distinguirlo en su gobernación de las provincias catalanas durante el período mas crítico de la guerra civil. Apenas supo el baron la apurada situación en que se hallaba Solsona, corrió en su auxilio con cuantas fuerzas pudo reunir. Ocupaban los carlistas con numerosos batallones posiciones ventajosas que defendieron con obstinación, y de las que costó sensibles pérdidas desalojarlos. El fuerte descalabro sufrido en Guisona por la brigada del coronel Niubó vino á debilitar en extremo la situación del baron; pero la perseverancia y el ejemplo de este general, animando á las tropas, acabaron por triunfar de los últimos esfuerzos de Tristany, quien al cabo se decidió á abandonar la parte de la población que ocupaba, haciendo su entrada el baron en Solsona libertada, al mismo tiempo que lo fué el ejército de las graves consecuencias que hubieran surgido de no haberse logrado humillar la arrogancia de las facciones catalanas.

Doce días había durado el sitio y otros tantos la ocupación de Solsona por Tristany, el que, aunque vencido en la contienda, no tardó en ser dueño de aquella población, que el baron no creyó ventajoso continuar ocupando, y de la que, desmanteladas las defensas, pudieron los carlistas apoderarse á mansalva.

Ardua era la tarea impuesta al nuevo capitán general de Cataluña por la situación en que encontraba el territorio de su mando. Habíanse grandemente relajado los lazos de la disciplina, y no lo estaban menos los de la obediencia á la autoridad por parte del paisanaje.

La penuria del erario era extremada, evidente la falta de fuerzas organizadas para operar con éxito contra las facciones, estado de cosas á cuyo remedio tuvo el baron de Meer que dedicar un tiempo cuyo empleo le fué acerbamente criticado por los impacientes que exigían emprendiese operaciones antes de contar con los medios de que fuesen provechosas.

Dió el general su principal atención á impartir consistencia á los elementos de seguridad y de orden, á ordenar la administración en términos que asegurasen convenientemente el servicio de los cuerpos auxiliares de francos y nacionales movilizados. En estos trabajos se hallaba empeñado Meer cuando le dieron la noticia de haber penetrado los carlistas en Solsona.

Frecuentes habían sido en la última mitad del año anterior y en los primeros meses del que le siguió, las sorpresas parciales y los encuentros desgraciados para los liberales, que habían valido á los carlistas la adquisición de millares de fusiles con los que habían armado numerosos contingentes de voluntarios y de requisados, á los que solo faltaba instrucción militar, disciplina y buenos oficiales para haber hecho de ellos excelentes soldados. Afortunadamente para la causa de la Reina, el carácter de los catalanes, los intereses y pasiones de los jefes de partida oponían serios obstáculos á aquella organización que era el gran desideratum que preocupaba á los emisarios enviados por don Carlos á Cataluña.

Ejercía en aquellos días el mando superior de las facciones en las provincias catalanas don Blas María Royo, quien no dejó

de dar importancia á que las fuerzas de su mando entrasen en buenas condiciones de organización militar. La junta nombrada por don Carlos componíase de individuos cuya mayoría residía en Francia, en cuyo caso se hallaban el conde de Fonollar, el baron de Alfarrás, el presbítero Sampons y otros, pertenecientes todos á familias distinguidas; pero los miembros activos don Joaquin Orteu y don Bartolomé Torredadella se ocuparon de la cuestión de recursos y mantuvieron al efecto continua comunicación con los ministros de don Carlos.

Durante lo mas crítico de la disputada posesión de Solsona estuvo Meer en peligro de experimentar una irreparable derrota. Contaba para el éxito de su operación con que se le reuniesen las divisiones de Azpiroz y de Niubó. El primero ejecutó mal ó no le fueron fielmente transmitidas las órdenes del general en jefe y no concurrió oportunamente; el segundo fué inicuamente vendido por su jefe de estado mayor don Ramon Salvá y conducido por este á paraje donde la división no podía menos de ser destruida; fué en realidad en el punto llamado la casa Estany de Lloborola, donde sucumbió Niubó peleando denodada pero infructuosamente en la desgraciada lid que costó la vida á este jefe, á 27 oficiales y 300 soldados.

Los que pudieron escapar de la catástrofe debieron su salvación á la huida.

No vienen jamás solos los desastres, ni tampoco los desórdenes, en tiempos de revolución; sobre todo cuando las naciones son dirigidas por gobiernos débiles, en cuyo caso se encontraba el gabinete que fué producto de la insurrección de la Granja. Los promovedores de asonadas, frecuentes en Barcelona desde las cruentas escenas que costaron la vida á Bassa y O'Donnell, se habían desencadenado contra el baron de Meer en quien no sin razón presentaban un enérgico defensor de la seguridad del orden y de los intereses sociales. No contentos los revoltosos con difamar al capitán general por medio de la prensa, procedieron á vías de hecho y el 2 de mayo ocuparon con gente armada la plaza de San Jaime y otros puntos estratégicos de la ciudad. Púsose al frente del movimiento don Ramon Xaudaró, hombre de fatales antecedentes de policía, circunstancia que si bien retrajo á los revolucionarios de mejor fe de unirse á un jefe de semejante ralea, no le privó de la activa cooperación de uno solo de los ignorantes y mal intencionados que forman la mayoría turbulenta en tiempos de agitación.

Los insurrectos marcharon desde la plaza de San Jaime por la calle de Fernando á la Rambla, donde cometieron en su daño el error de situarse entre las Atarazanas y el Teatro Principal, quedando en su consecuencia encajonados en el recinto formado por los dos costados de la continuación de la Rambla, cerrados por Atarazanas por un lado y por otro por fuerzas leales compuestas de tropa del ejército, de nacionales y mozos de la escuadra, formados en masa desde la puerta del Teatro hasta los Trinitarios (hoy Liceo), disposición que como claramente comprenderán cuantos hayan estado en Barcelona, colocaba á los sublevados entre dos fuegos.

No tardó en romperse el tiroteo, cayendo víctimas de las primeras descargas, indefensas personas, mujeres y niños atraídos á la Rambla por la novedad. Los insurrectos llevaron lo peor en aquel primer choque, mas no por ello se dieron por vencidos, aprovechando la estrechez de las calles y la posesión de los balcones y azoteas de las casas para defenderse y hostilizar.

La población suministraba contingentes á los dos campos, al de las masas seducidas que acaudillaba Xaudaró, y al de la autoridad que pudo oponerle la parte sana de la milicia y los mozos de la escuadra que con gran vigor y hasta con saña combatieron á los insurrectos.

Languideció la lucha durante dos días en los que alternaron las hostilidades con los tratos y negociaciones, habiendo facilitado la autoridad que los sublevados tuviesen paso franco para salir de Barcelona con promesa de ir á engrosar los cuerpos francos que combatían á los carlistas. En la mañana del día 5 amanecieron las calles y plazas libres de la presencia de los que habían turbado su reposo, y los mozos de la escuadra ocuparon todos los puntos conducentes á dominar cualquiera eventual recrudescencia de un desbordamiento popular.

El ex-jefe de la abortada revolución Xaudaró, que acabó por ser hallado y entregado á la justicia militar, pagó con la vida su criminal tentativa.

El brigadier don José María Puig y el general Parreño, que habían desplegado grande energía, fueron objeto de merecidas felicitaciones de parte del agradecido vecindario.

Reus quiso imitar el mal ejemplo de Barcelona y el personal de sus bullangueros se propuso nada menos que la separación de las provincias catalanas de la obediencia del gobierno de Madrid. Llegó hasta á pronunciarse un nombre que por largos años todavía no debía tener eco del lado acá de los Pirineos; desde entonces, sin embargo, la invocación de la república ha adquirido proporciones que bien merecen fijar la atención de los hombres reflexivos.

Mal herido y enfermo Cabrera despues de la desgraciada sorpresa que experimentó en Rincón de Soto al intentar pasar el Ebro, despues que se hubo separado de Gomez, encontró humana acogida y cristiana asistencia la grave enfermedad que por largos días lo tuvo postrado en casa de don Manuel María Moron, párroco de Almazan. Mas apenas restablecido de sus dolencias, púsose el convaleciente en comunicación con los del Maestrazgo, y en particular con Forcadell, de quien recibió por respuesta la presentación de una escolta, con la que se puso en marcha el 4 de enero, llegando el 8 á Rubielos, donde halló el grueso de sus partidarios, por los que fué recibido con el entusiasmo fácil de suponer en los que habiendo considerado como perdido á su popular caudillo, miraron su presencia como segura prenda de nuevas victorias.

Ocupóse ante todo el recién llegado en la reorganización de la hacienda, rebajó las contribuciones á los pueblos de Aragón y Valencia, pero seguidamente se precipitó sobre las ricas comarcas de la huerta que saqueó á su placer, sacando de ellas caudales, víveres en abundancia, armas, caballos y reclutas. Mandó al canónigo de Tortosa Perciba que pudiese sitio á Cherta, pero no consiguió rendirla, y despues de un sangriento encuentro con la brigada Borso, envió Cabrera á sus voluntarios á descansar á sus casas, apercibidos de volver oportunamente á las filas, y seguidamente se internó en las espesuras de la Cenia, seguido de una reducida escolta, pero poniendo en salvo el fruto de sus correrías.

En cumplimiento de las órdenes é instrucciones de Cabrera, Llangostera y Forcadell cayeron sobre una columna compuesta de tres batallones y dos escuadrones al mando del coronel Crehuet, y alcanzándola en el pueblo de Siete Aguas, lograron batir á los liberales, quedando prisioneros el jefe, 25 oficiales y hasta 400 soldados. Los últimos fueron enviados al depósito de los de su clase, pero á Crehuet y á sus oficiales no se les dió cuartel y fueron pasados por las armas antes de haberse puesto el sol de la aciaga jornada, que costó á los defensores de la Reina 700 bajas.

Afanoso de nuevos triunfos, obstinóse Cabrera en montar á caballo y seguir la pista de las columnas que operaban en las provincias de los antiguos reinos de Aragón y Valencia, plan que grandemente favorecía el fraccionamiento de mandos militares de que adolecían las fuerzas liberales. Ejercían mandos independientes en Aragón el baron de la Menglana, Nogueras, Caro y Averso, y en Valencia, Sequera, Borso, Grases, Iglesias y Aznar, los que movían sus fuerzas sin sujeción á un plan dirigido por un general al que todos obedeciesen, pues cada columna seguía la inspiración del jefe que la mandaba, los que las mas de las veces obraban á su antojo, y solo casualmente, y por excepcion, concertaban sus operaciones, sistema al que mas tarde, y estimulado por los descalabros experimentados, trató el gobierno de poner remedio concentrando el mando superior en manos del entendido general Oraá.

Aunque retenido Cabrera en cama en la Cenia, sus lugartenientes lograron nuevas ventajas en los últimos días del mes de febrero, sorprendiendo un destacamento que de Cantavieja conducía el gobernador de esta plaza á Miravalles, el cual sitiado en una iglesia donde se hizo fuerte, antes que rendirse personalmente, prefirió morir asfixiado en el edificio, al que pegaron fuego los enemigos, en cuyo poder quedaron los sobrevivientes de aquella nueva catástrofe.

Impaciente de salir luego á campaña, quiso Cabrera señalar

su entrada en ella por una medida que contribuyese á modificar la opinión de crueldad que iba unida á su nombre. Una circular fechada en Valderobles el 4 de marzo proponía á los jefes liberales el establecimiento de depósitos de prisioneros y de heridos en puntos que designaba como debiendo quedar neutralizados. Con este motivo hacía el caudillo carlista grandes protestas de que abrigaba sentimientos de humanidad, que no tardaron, sin embargo, en verse desmentidos por hechos atroces. Terminaba la circular declarando que se mostraria inexorable con los prisioneros que tenia en su poder y los que en adelante hiciera, si alguno de los suyos dejaba de ser recibido á cuartel.

Entrado el mes de marzo dirigióse Cabrera á los llanos de Valencia, comarca á la que mostraba una predilección que bien se explicaba por la facilidad y la abundancia con que en ella se proveía de recursos. Desde las puertas de la capital hasta el Ebro recorrían las columnas carlistas los pueblos, en los que podían efectuar sorpresas como las que lograron en los llanos del Pla del Pou. Conducía la brigada liberal el coronel Cobos, el que habiendo imprudentemente retrasado su marcha, fué alcanzado y deshecho, sin que los 1,200 infantes y 300 caballos que mandaba dicho jefe opusieran una mediana resistencia. Muy pocos lograron guarecerse á las cercanas puertas de Valencia.

Historiadores tan serios como los señores Cabello, Santa Cruz y Temprado han hecho pesar sobre la memoria de Cabrera un hecho de carácter tan odioso, que apenas parece creible lo cometiera un hombre cuyo incontestable valor personal parecía deber hacerlo incompatible con una bacanal de sangre como á la que en aquel día se entregó Cabrera y su estado mayor en celebridad de la victoria de Pla del Pou.

Transcribiremos sin alterar los términos en los que consignaron el hecho escritores contemporáneos, que casi fueron testigos del suceso que narran, y que además poseían relaciones en el país que ponían á su alcance todos los medios de depurar la verdad.

Para celebrar su triunfo, dicen que dispuso Cabrera un festin en el pueblo de Burjasot, en una pequeña eminencia que dominaba á la huerta. A la mitad de la comida mandó que fuesen llevados los oficiales prisioneros, y puestos en pié los jefes y convidados con las copas en la mano, en los momentos mismos en que las alzaban entonando ruidosos brindis, oyóse la terrible descarga que privaba de la vida á los desgraciados prisioneros.

Otro historiador de Cabrera, don Dámaso Calvo, corrobora el hecho añadiéndole pormenores de refinada crueldad. Un amigo y discípulo de Cabrera, el señor Córdova, que también fué su biógrafo, refiere que, habiendo interrogado á aquel sobre el suceso, le contestó Cabrera: *Yo no niego que mandé fusilar á los oficiales y sargentos, y bien claramente lo expresé en el parte que di al Real de don Carlos.* Se disculpó en seguida, añade Córdova, de haberse entregado á libaciones insultantes, si bien confiesa que se hallaba sentado á la mesa cuando sonaban las descargas, como también corrobora con su dicho que una música de aficionados se hizo oír durante toda la tarde de aquel lúgubre día.

No necesita la historia de otras pruebas para hacer constar que el bárbaro é innecesario holocausto de adversarios hechos prisioneros en el campo de batalla, se verificó dando vista á los muros de Valencia, distante tres cuartos de legua, y durante un día de festejos y de felicitaciones.

Todavía mas extraño que el haber Cabrera desplegado aquella refinada crueldad, lo es que el mismo hombre á quien no repugnó presidir aquel festin de salvajes, sea el mismo que años despues llevó al altar á una señora protestante: el mismo que, convertido en partidario de la libertad religiosa, aconsejase á don Carlos que renunciase al empleo de los medios de fuerza para recuperar la corona, fiando el logro del triunfo de su causa á la propaganda, á la prensa y á las elecciones; hombre, al fin, que le hemos visto acabar reconociendo al hijo de la Reina contra la que tan cruda guerra había hecho y que ha muerto siendo capitán general de sus ejércitos.*

Pero semejante extrañeza desaparece y es perfectamente explicable por el influjo que sobre la especie humana ejerce